

ELOY VALENZUELA

LUIS MARTINEZ DELGADO

Presidente de la Academia de la Historia.

En la parroquia de la tranquila y bella población de Girón se halla, en el libro respectivo, la siguiente partida:

“En la ciudad de San Juan de Girón el 6 de agosto de 1765, yo el Dr. Don José Velásquez y Subillaga, Cura Teniente, bauticé solemnemente, puse óleo y crisma a un niño que tuvo por nombre Juan Eloy, de edad de un mes, hijo legítimo de Dn. Pablo Valenzuela y Doña Nicolasa Mantilla; fueron padrinos Dn. Carlos Mantilla y Doña Francisca Javiera Calderón, de que doy fe. Don José Velásquez y Subillaga”. Juan Eloy había nacido el 25 de julio del año citado.

Ascendiente de Juan Eloy fue don Joseph de Valenzuela y Morales, español nacido en Andalucía que en el año de 1706 vino al Nuevo Reino de Granada. Don Pablo Antonio Valenzuela y su esposa doña Nicolasa Mantilla eran personas de categoría y debieron ufanarse de la constancia escrita en la misma partida de defunción de don Pablo Antonio, que dice que éste “Jamás fue demandado. Jamás se le murmuró de mujeres y nunca altercó con la propia. En su familia se ignoran los juramentos, maldiciones y abcenidades; siempre se observan las fiestas y ayunos de la iglesia, y la supo adoctrinar con mansedumbre y paciencia”.

Esta constancia demuestra el ambiente en que nació y pasó su niñez y adolescencia Eloy Valenzuela. Quien conozca Girón con sus calles y su pequeño puente, su plaza y su iglesia y haya oído el tañido de sus campanas que llega al valle y parece viajar con las aguas del río que movió la codicia de los buscadores de oro, podrá imaginar cómo transcurrieron los primeros años de quien ocuparía lugar destacado en los trabajos de la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada. Rigidez en la formación del carácter, tiempo holgado para el estudio y largas horas perdidas por el sol tropical que hace germinar las plantaciones del famoso tabaco de Girón.

Una circunstancia imprevista interrumpió la monotonía de la vida hogareña. Don Manuel Mutis y Bosio, hermano del sabio gaditano, contrajo matrimonio en Bucaramanga con doña Ignacia Consuegra, y la familia Valenzuela concurrió a la boda. Juan Eloy contaba pocos años, trece o catorce, pero tenía sin duda criterio formado y su espíritu estaba confuso, inquieto, tratando de hallar orientación en la vida.

Visitaba entonces don José Celestino Mutis, en atento estudio, las minas de oro de Baja y Vetas, en Santander, y esta circunstancia le permitió asistir al matrimonio de su hermano Manuel y conocer a Juan Eloy, descubriendo en él, anota el historiador Mario Acevedo Díaz, “desde el primer momento una inteligencia capaz de llegar a brillar en el panorama intelectual de la Nueva Granada; pocos días después se encaminaba a la doctoral Santafe en compañía de quien desde entonces y para el resto de su vida habría de ser su maestro y paradigma: José Celestino Mutis”.

En Santafe sigue Valenzuela sus estudios en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, con consagración y provecho hasta conseguir por oposición las cátedras de matemáticas, filosofía e historia natural. Posiblemente la influencia de Mutis, sin descartar su vocación religiosa que tenía por base no solo la predilección divina sino el convencimiento adquirido en el estudio, lo decidió a seguir la carrera eclesiástica. Fue secretario del Señor Caballero y Góngora y sin descuidar los deberes de su cargo tomó a pechos la práctica severa y ordenada de los preceptos evangélicos en su carácter de ministro de Dios.

En el valeroso informe acusatorio de Antonio de Villavicencio, fechado en Cartagena de Indias el 24 de mayo de 1810, dice el Comisionado Regio al recomendar las más prestantes figuras del Nuevo Reino que merecían ocupar puestos en el gobierno:

“Entre los eclesiásticos debo recomendar desde luego a V. E. el mérito sobresaliente de tres: el primero es don Eloy Valenzuela, cura de Bucaramanga, en el gobierno de Pamplona, verdadero Pastor de su rebaño, que con esta enseñanza, celo y caridad pródiga, ha hecho felices a sus ovejas instruyéndolas en las artes y principalmente en el trabajo de los campos. Los créditos de su literatura no están ceñidos a las ciencias eclesiásticas; posee y cultiva las naturales y es el primer discípulo del sabio Mutis en la Botánica. Tiene también muchos conocimientos económicos, y tanto por la reunión de éstos cuanto por las virtudes que ejerce, mereció que los Cabildos de Mariquita y el de Antioquia lo propusieran por Diputado del Reino, y éste último lo ha pedido por su primer Obispo, así en sus instrucciones dirigidas al Diputado del Reino, Mariscal de Campo don Antonio de Narváez y la Torre, como en representaciones directas a S. M. hace muchos años que debía haber obtenido la mitra que merece”. Los otros eclesiásticos recomendados por Villavicencio fueron don Marcelino Pérez de Arroyo, Canónigo Dignidad de la Catedral de Popayán, y el benemérito cura de Mompós, don Benito Rebollo.

Dice Acevedo Díaz que Valenzuela “por cuarenta y ocho años, casi medio siglo, de 1786 hasta su muerte en 1834, con solo una interrupción de tres años en los tiempos de la Patria Boba, estuvo consagrado al ejercicio de su misión en el curato de Bucaramanga”.

Su misión sacerdotal no le impidió continuar consagrado al estudio de las matemáticas y de las ciencias naturales. Sacaba tiempo para cultivar un pequeño jardín botánico y para adoctrinar a las gentes. Escribió, además, libros de carácter científico, desgraciadamente perdidos y mantuvo interesante correspondencia y amistad con personalidades de la época, inclusive con el Libertador quien lo llamaba “el buen cura de Bucaramanga”.

De la amistad de Bolívar con el padre Valenzuela sabemos que cuando el primero llegó a Bucaramanga, en 1828, se alojó en la casa del segundo. Cuando el Libertador cambió de residencia no dejó de frecuentar la casa de Valenzuela, como lo anota en su discutido “Diario” Peru de La Croix.

Parece ser evidente que fue Bolívar quien cambió las ideas realistas del padre Valenzuela. Según crónicas escritas y repetidas, el padre Valenzuela militaba entre los partidarios de la causa de España en la época de la Convención de Ocaña. Admirador luego de Bolívar y de la independencia escribió el “Almanaque del Libertador Simón Bolívar”, desgraciadamente perdido, que improbó el héroe mortificando con ello al ilustrado y buen sacerdote. La obra “Plana estadística del curato de Bucaramanga”, con datos estadísticos y demográficos importantes, corrió la misma suerte. Perdido el trabajo no es posible emitir juicio acerca de él, pero es de presumirse su valor intrínseco por poderosas y fundadas razones.

Sin lugar a ninguna duda la obra fundamental en el campo de la ciencia de Eloy Valenzuela está en su colaboración en los trabajos de la nunca bien ponderada Expedición Botánica que tuvo influencia decisiva en el movimiento de emancipación de España porque formó los varones ilustres que la hicieron posible.

Fue Caballero y Góngora el organizador de la Expedición siguiendo instrucciones de la Corte. Se dio cuenta el Arzobispo-Virrey de la importancia de impulsar el estudio de las ciencias físicas y naturales y de que España acometiera el noble empeño no dejando el campo libre a “extranjeros que viniesen a señalar los tesoros de la naturaleza que no conocemos”.

“Para el empleo de Director elegí —dice el Arzobispo— al presbítero don José Celestino Mutis, sujeto que había recorrido por más de veinte años gran parte del Reino, recogiendo las producciones de la naturaleza y conocido por su correspondencia literaria con los sabios de Europa; y conociendo yo que importaba aprovechar los instantes, le mandé desde luego emprender sus excursiones y trabajo, dando de todo cuenta al Rey, que se dignó aprobar esta providencia, honrando a Mutis con los títulos de Botánico y Astrónomo de Su Majestad”.

Eloy Valenzuela ocupó el segundo puesto en la Expedición. Valenzuela, dicen Henao y Arrubla, dotado de sólidos conocimientos en la ciencia, rígido en el cumplimiento del deber y de vigorosa constitución física para soportar las fatigas que imponía la recolección de las plantas, era el llamado a acompañar al sabio sacerdote español en la magna labor que le encomendó la Corona.

Entre el maestro y el discípulo existieron los más cordiales vínculos creados y sostenidos por la comunidad de sentimientos y aspiraciones; y así Mutis decía con razón en una de sus cartas dirigidas a Valenzuela: “Descansa mi corazón cuando hablo con usted, y quisiera no soltar la pluma de la mano cuando le escribo”. Y prueba elocuente de la alta competencia del presbítero, hijo de Girón, se encuentra en estos conceptos de la correspondencia epistolar del maestro: “Cada carta de usted es para mí tan apreciable como lo eran las mías para el gran Linneo, quien, si hoy viviera, celebraría no menos la sabia correspondencia de usted”.

No hemos de ocuparnos en hacer comentarios que nos parecen innecesarios sobre los trabajos de la Expedición y sobre la colaboración científica del Padre Valenzuela en los árduos trabajos de la misma durante varios años. Plumas doctas en la materia han escrito lo necesario sobre el particular.

Retirado Valenzuela de la Expedición y reemplazado por Francisco Antonio Zea, volvió a su curato de Bucaramanga. Los años habían pasado y los trabajos físicos y el estudio constante habían minado la fuerte textura del hombre de ciencia.

Y llegó la trágica noche del 31 de octubre de 1834. El padre Valenzuela había llegado a los 78 años de vida fructífera e intensa. Recogido en su casa, en Bucaramanga, que por fortuna se conserva, a eso de la media noche, relata Acevedo Díaz, “dos sombras embozadas que han salido de una casa situada en la acera oriental de la plaza, cruzan el marco de ésta, llegan hasta el solar de la casa cural (el amoroso jardín botánico del padre), saltan sobre los bajos tapias y penetran al interior de las habitaciones en busca del tesoro que, según malos decires, ocultaba allí el sacerdote. Se dan a la tarea de rebuscar afanosamente por todos los escaparates y rincones, mas de pronto descubren que el anciano los vigila desde la hamaca donde dormía. Sorprendidos *in fraganti* se van hacia él arma blanca en mano a indagarle si los ha conocido. No había de conocerlos si eran

Higinio y José Ignacio Bretón, jóvenes de buena familia, sus feligreses y vecinos, a quienes él había aplicado las aguas bautismales y uno de los cuales era su ahijado? El buen sacerdote podía negar que los conocía para salvar su vida, pero él nunca supo mentir. "Sí los conozco, pero los perdono". Las últimas palabras se ahogaron en su garganta cuando, la hoja del puñal homicida ya había abierto amplia brecha en su costado. Los asesinos huyen espantados de su propia obra criminal, llevando consigo el escaso botín que habían logrado. Un niño que acompañaba al anciano da la voz de alarma que corre por las calles del poblado, despertando sobresaltadas a las gentes. El vecindario se agolpa alrededor del lecho, mezcla de indignación y de terror. Todos solicitan al anciano que diga quiénes lo hirieron, pero él se niega rotundamente a dar sus nombres. Hasta uno de los asesinos con sin par cinismo (el clásico retorno del criminal al lugar del crimen) se aproxima al lecho del moribundo a pedirle el nombre del heridor. El santo varón responde inmutable: "No me perturben. Yo los perdono". Y así, mientras en la iglesia contigua al lecho de muerte su hermano, sacerdote también, oficiaba éste la misa de difuntos, Eloy Valenzuela, sereno y noble como vivió su vida, entregó su alma a Dios aquella lúgubre madrugada.

"Días más tarde, luego de una pesquisa sin descanso en que intervino todo el vecindario, caían los criminales en manos de la justicia humana. Uno de los asesinos echó sobre sí toda la culpa del crimen, que fue expiado con todo el rigor de la vieja ley. Por un año se mantuvo pendiente en una picota colocada frente a la casa del delito, la carroña de una cabeza humana testificando a los transeúntes que se había cumplido la justicia de los hombres".

En lápida de mármol se grabó este epitafio en texto latino:

"Juan Eloy Valenzuela, incansable soldado de Cristo, consumido en caridad ardiente a los pobres, preclaro en toda clase de ciencias divinas y humanas".

Distinguida fue también la actuación de Valenzuela en acontecimientos importantes de la historia nacional. Figuró en el movimiento de los Comuneros en 1781 cuando éstos llegaron a Girón. El 30 de julio de 1810 fue llamado al Socorro para que asumiera la personería del movimiento revolucionario y poco después las circunstancias lo llevaron a enfrentarse con las armas a los hijos de Piedecuesta que habían proclamado también, al igual que el Socorro y Pamplona, la independencia absoluta de España y que desconfiaban de la sinceridad de Girón. Vencido Valenzuela en Mensulí, consideróse sin autoridad y volvió a su curato de Bucaramanga.

Qué interesante y atrayente es la vida de Eloy Valenzuela! Es digna de un estudio detenido que analice al hombre, al ministro de Dios, al hombre de ciencia, sus virtudes y su carácter! Estas líneas no aportan nada nuevo a este trabajo. Quizás contribuyan a despertar el interés de científicos e historiadores para acometer la ponderosa tarea.